

*Madre / Montaña
/ Jazmín*

Crónica de 1973

Tomo I

Roberto Gac Artigas

**SABOTAJES DE LA MINA EL TENIENTE en 1971/72
(P.80 à P.90)**

En virtud de los convenios pasados con el gobierno de Frei en 1965, la Braden Copper Co., filial de la Kennecott desde 1926, se comprometía a incrementar la producción de cobre del mineral El Teniente en un 30%, llevando el rendimiento global de la empresa a 300.000 toneladas por año. Los dirigentes demócrata-cristianos, apoyados en el Congreso por los representantes del partido Nacional, creían asegurarse así una mayor entrada de divisas para llevar adelante algunos de sus proyectos reformistas en la agricultura y la industria, pero sobre todo se aseguraban el apoyo de los Estados Unidos. Un simulacro de nacionalización siguió a la firma de los convenios y desde esa fecha la Braden Copper Co. pasó a llamarse Empresa Minera El Teniente S.A, lo que obligó a cambiar el membrete de los papeles y sobres y a pintar nuevos letreros sobre los flancos de los trenes que subían y bajaban desde Sewell. Por aquí y por allá apareció una bandera, un escudo chileno, mientras que un comité de hombres de “buena voluntad” fue designado para asesorar a la dirección de la Compañía, la misma de siempre. En realidad, pese a la “chilenización” pretendida de la mina, Frei dejó la administración en manos de los norteamericanos, sin lo cual éstos jamás hubieran negociado los títulos de propiedad de un yacimiento cuprífero que les proporcionaba -gracias al bajo precio de una mano de obra excelente, a las dificultades naturales relativamente simples de un país de poco más de 200 kilómetros de ancho, bordeado por el océano- uno de los beneficios más cuantiosos entre los que recogían en todo el planeta.

No faltó quien lamentara la desaparición del inglés como idioma oficial en los niveles más altos de la administración, y la caída en el olvido del nombre de William Braden -el fundador de la Compañía- relegado a designar sólo una de las viejas poblaciones obreras de la ciudad. Aquel vejamen a la memoria de William fue quizás menos doloroso que lo ocurrido cuando el equipo de fútbol de la provincia -el glorioso "O'Higgins Braden"- tuvo que desprenderse de la segunda parte de su patronímico a causa, no de un súbito destello de patriotismo de los aficionados al fútbol, sino debido a las necesidades impuestas por la fusión con el otro club de la ciudad -el no menos glorioso "América F.C."- que no consiguió imponer el nombre de "América-Braden Football Club" al nuevo conjunto. En cualquier caso, aquellas ingraticudes, esas fisuras en el culto de lo sajón, demostraban que los estadounidenses estaban en decadencia en comparación con el reinado absoluto en el cual habían vivido hasta mediados de la década del 50, cuando disponían de barrios residenciales donde los trabajadores chilenos no estaban autorizados a entrar, so pena de ser arrestados por el eficiente servicio de Carabineros de Chile. Pero hacia 1965 -la época de los convenios- ese tipo de iniquidades que atentaban contra la dignidad nacional ya no se daban con la misma frecuencia de otrora y sólo la división de los asalariados de la Compañía en tres categorías -los empleados pagados en dólares, los empleados pagados en moneda chilena y los obreros pagados mal que mal- seguía dando origen a algunas humillaciones. Así, los técnicos y oficinistas que ganaban su sueldo en dinero chileno, no tenían derecho a frecuentar los mismos restaurants, los mismos café y los mismos medios de locomoción que los "Gold-Roll", como se llamaba a los cuadros que recibían todos los meses un cheque verde enviado directamente desde Nueva York, dólares que en seguida venderían en el mercado negro, triplicando con esta maniobra sus ingresos. Los Gold-Roll -primitivamente estadounidenses en su totalidad- se habían ido mezclando

poco a poco con los técnicos nacionales, autorizados a viajar a Sewell en los cómodos autocarriles que realizaban la ascensión de 70 kilómetros en poco más de 120 minutos y no en el convoy obrero que –a causa de su longitud, del gentío que repletaba el interior y el exterior de sus vagones y de los precipicios que debía bordear a escasa velocidad para evitar los descarrilamientos fatales– efectuaba el mismo trayecto en cerca de seis horas. El uso de la espléndida cancha de golf construida a mil metros de altura en la confluencia de tres cajones andinos de hermosura radiante, también había sido un elemento de disputa entre los cuadros chilenos y los ingenieros norteamericanos, poco interesados en compartir sus horas de ocio con los rollizos y morenos autóctonos que, además, pretendían zambullirse en la piscina del fastuoso Country Club cordillerano.

“Coya” era el nombre indio de ese campamento donde se ocultaba, rodeada de jardines, la casa del Gerente General, Míster Grant, un mormón venido de Salt Lake City quien, gracias al estilo “colonial americano” de su mansión, podía sentirse en una tranquila propiedad del estado de Virginia o de Carolina del Sur, con la ventaja de que aquí, en suelo chileno, la segregación existía con más disimulo, según lo corroboraba el sistema de semi-apartheid puesto en vigencia en el interior de la empresa. Los convenios pasados con Frei ponían término a las manifestaciones más brutales de aquel sistema social (necesario, provechoso y justo según lo daba a entender la prensa de derecha), pero los nuevos reglamentos no abolían la realidad misma del pueblo de Coya. La aldea estaba dividida en dos sectores por el río Cachapoal y por un puente provisto de una barrera y de un guardia cuyo deber era impedir que los habitantes del Coya chileno pasaran sin permiso del lado del Coya americano. Allí vivían los cuadros administrativos más importantes, alojados en modernas casas parcialmente prefabricadas en los Estados Unidos y montadas en medio de un parque mantenido con esmero. Habitar en alguna

de esas casas era el sueño irrealizable de los obreros, pues la empresa había desarrollado una política laboral de alto rendimiento que consistía, simplemente, en mantener el mayor número posible de hombres bajo contrato provisorio. Aquello la dispensaba de enojosas obligaciones de alojamiento y asistencia social y le permitía seleccionar mejor una mano de obra que, pese a las malas condiciones sanitarias que dominaban en el Coya chileno, abandonado a su suerte, era abundante y de sorprendente resistencia.

La Salt Mining Co. y la Frazer Corporation no se contaban entre los beneficiados directos de la chilenezada asociación, pero como la Braden había obtenido del gobierno chileno una completa libertad para adjudicar a quien mejor le pareciera las faenas de expansión del yacimiento, las empresas basadas en Salt Lake City, Chicago y Nueva York se hicieron cargo de la suculenta millonada que, al menos en teoría, debía ser invertida en Chile. Aquello, por supuesto, no fue el caso, aunque la cantidad exacta de dinero sustraído al programa de modernización de la mina no ha sido ni será jamás conocido, simplemente porque las finanzas se encontraban bajo control norteamericano. Los chilenos poco o nada tenían que ver con el manejo de los capitales y si algunos tenían acceso a las oscuras maniobras financieras, éstos eran los cuadros pagados de tal manera que ninguno hubiera cometido el error de arriesgar un salario descomunal en aras de un cierto patriotismo pasado de moda. Por otra parte, si aquello llegaba a ocurrir, el gabinete de abogados aborígenes de la empresa estaba preparado para proporcionar todo tipo de justificativos y recordar que lo único que en realidad interesaba era cumplir el compromiso de llevar la producción de El Teniente a 300.000 toneladas al año. Fue esto lo que Javier me describía en una larga carta :

De las dos empresas más importantes contratadas por la Braden, la Salt se adjudicó la construcción del túnel de nueve kilómetros que debía unir la base de la mina, situada entre dos y tres mil metros de altura, a los nuevos molinos de Colón, mil metros más abajo, frente al campamento de Caletones. Esto permitiría suprimir el traslado del mineral desde Sewell mediante el costoso y vetusto sistema de capachos teleféricos y construir una carretera desde Rancagua hasta Colón para abandonar definitivamente el uso del ferrocarril. El transporte de los obreros se haría en autobuses y el cobre, moldeado en barras, bajaría en gigantescos camiones Mack. Posteriormente, cuando las nuevas poblaciones obreras proyectadas en el valle hubieran terminado de construirse, el campamento de Sewell sería desmantelado, al igual que el de Caletones, donde quedarían en pie sólo los edificios indispensables para albergar al escaso personal permanente de la Fundición. Esta última, ampliada con la instalación de un grupo de hornos secadores y de una serie de nuevos hornos convertidores del mineral, ya seco, en cobre de 99%, sería enteramente automatizada, permitiendo por ello una fuerte economía de mano de obra.

Fue entonces cuando ocurrió lo que ni los americanos ni los fascistas nacionales esperaban: el triunfo de la Unidad Popular, la elección de Salvador Allende a la Presidencia de la República, el 4 de septiembre de 1970. A partir de esa fecha los yanquis comenzaron a hacer sus maletas. Y si la UP no se

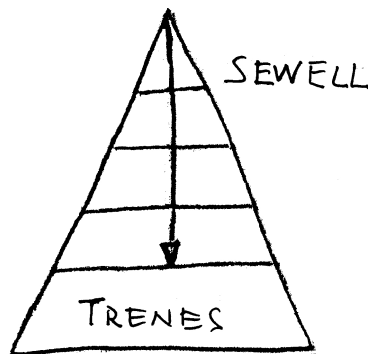
pone firme, se hubieran ido dejando todo abandonado. Pero ahí estaban los acuerdos firmados y como Chile seguía siendo Chile pese a que los momios habían salido del gobierno, no les quedaba hacer otra cosa sino cumplir con lo prometido. La verdad es que hubiéramos hecho mejor en dejarlos irse nomás, porque los gringos, con la sangre en el ojo después de la derrota y azuzados por el espectro de la nacionalización 100% de la industria minera, aprovecharon el tiempo que les dio la alianza entre la Democracia Cristiana y el partido Nacional en el Congreso, para trabajar en el sabotaje sistemático de las ampliaciones. Con decirte que la Salt, en los días que precedieron a su partida y aprovechando que nosotros no podíamos controlar sus actividades, ordenó a sus empleados que destruyeran y enterraran con la ayuda de bulldozers todo el material de construcción que no habían alcanzado a utilizar. Pero mejor te cuento las cosas por orden:

El primero y más costoso de los sabotajes planeados (esta vez de modo riguroso, verdaderamente matemático) por la Frazer Corporation, fue la construcción defectuosa de la línea de alta tensión entre la central hidroeléctrica de Sauzal y Colón, localidades separadas por casi cuarenta kilómetros de cordillera. Las torres de acero que debían soportar los cables por los cuales iba a pasar una corriente de 110.000 voltios, necesitaban una base de dieciséis metros cuadrados para sostener el peso de los alambres. Los gringos construyeron las torres, pero con una base, de lado irregular, de solo nueve

metros cuadrados. A la primera nevazón invernal, la mitad de las torres se vino abajo. No nos quedó otra alternativa que denunciar aquel sabotaje y rehacer la línea de alta tensión nosotros mismos, siguiendo las medidas exactas. Desde luego, la operación tuvo que ser costeada enteramente por la Unidad Popular.

El segundo de los sabotajes le correspondió realizarlo a la Salt Mining Co. y afectó a todo lo largo los nueve kilómetros del túnel horadado en la base de la mina. Dada la humedad de las paredes y las filtraciones de agua en el interior de la montaña, el piso del túnel por donde correría el nuevo ferrocarril minero necesitaba un cierto declive lateral. El agua acumulada se desplazaría naturalmente hacia uno de los ángulos, donde una canaleta hubiera debido recogerla para llevarla allí donde fuera útil. La Salt tendió la línea del ferrocarril, pero sin cavar el declive indispensable y esto se tradujo en la inundación periódica del túnel, causa, a su vez, de un centenar de fracturas en los rieles de la vía. Sin embargo esta acción criminal, que pudo haber causado un descarrilamiento grave y la pérdida de decenas de vidas, fue menos páfida que la perpetrada en el seno mismo de la mina. De concepción cónica, recordarás que la explotación se hace mediante galerías horizontales, abiertas paralelamente desde la punta hacia la base del cono, desde la cima al pie de la mole montañosa que encierra el cobre. Las ampliaciones previstas incluían el forado de nuevas galerías y la prolongación del

pique vertical que conectaba esos niveles con un sistema de ascensores, más la apertura de un nuevo pique que iba a unir el túnel del ferrocarril con el campamento de Sewell, cerca de 500 metros por encima.



Los trabajos marcharon relativamente bien hasta el día del triunfo de la Unidad Popular. Pero a partir de entonces fue dada la consigna de cambiar la potencia de los explosivos utilizados para trepanar la montaña. El procedimiento es algo difícil de explicar, pero te bastará saber que una galería se abre mediante una corona de cartuchos dispuestos en la circunferencia de la futura cavidad, más una serie vertical de cartuchos dispuestos al centro, desde el techo al piso. La potencia de la dinamita situada en la corona debe ser muy bien calculada. De otro modo la explosión no sólo abre un

boquete de dimensiones excesivas, sino que además agrieta el monte pudiendo causar derrumbes imprevisibles. Pues bien, los bárbaros de la Salt se propusieron ese objetivo y lo consiguieron plenamente. Trizaron la estructura rocosa de la mina, hirieron en profundidad el vientre de la cordillera. Al comienzo los mineros no se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo porque ellos se limitaban a hacer estallar los cartuchos que les eran entregados y como las trizaduras no dan origen a los derrumbes sino con el paso del tiempo, todo pareció normal durante las primeras semanas. Pero cuando comenzaron a desprenderse desde las arcadas inmensos planchones de rocas, cundió la alarma de que el mineral había sido arruinado para siempre. Los planchones hicieron varias víctimas y por un momento creímos que en verdad El Teniente -al menos ese sector, que era el más grande y rico de la mina- estaba irremediablemente perdido. Sin embargo los mismos trabajadores propusieron un remedio que por su costo en esfuerzo humano difícilmente hubiera sido posible sin un impulso de origen popular. Se trataba, nada menos, que de extender a todas las galerías afectadas el sistema de pernos de sostén, reservado para las raras ocasiones en que es necesario prevenir un derrumbe. Gruesos tornillos de más de un metro de largo fueron introducidos en las proximidades de los miles y miles de grietas, provistos de una lámina de acero en el extremo superficial, de manera que contuvieran el deslizamiento de los planchones. Sólo para habilitar el primero de los nuevos niveles que serían incorporados a la

producción, pasamos más de seis meses metiendo pernos. Imagina la labor que nos queda por hacer, pues la mina había sido proyectada con el objetivo de duplicar y tal vez triplicar los 1000 kilómetros de túneles del yacimiento antiguo.

Como ves, te cuento estas cosas para mostrarte la actitud malévola, inescrupulosa e inmoral de las compañías transnacionales, que no temen recurrir al sabotaje y al asesinato cuando se trata de ganar o destruir un mercado. Desgraciadamente hay entre nosotros criminales incluso peores y éstos son nuestros propios compatriotas que - abdicando de las responsabilidades que les confería su participación en el gobierno y deslumbrados por la posibilidad de enriquecerse- entregaron nuestros recursos naturales a la explotación descontrolada de las empresas norteamericanas. Según los fascistas del partido Nacional y los demócrata-cristianos todavía engañados que siguen a Frei, esas compañías iban a aportarnos los capitales y la tecnología indispensables para el desarrollo del país, todo dentro del mejor de los compañerismos y del más grande de los respetos por nuestra tierra y nuestros trabajadores. Ahí tienes el resultado: fraudes, abusos tecnológicos, sabotajes, muertes de obreros que para los altos ejecutivos que dirigen las operaciones desde un rascacielos, cuentan menos que un rebaño de animales destinados al degüello. Por suerte para la patria, esos señores no se han atrevido hasta ahora a pedir a sus dirigentes el envío de tropas para someternos por la

fuerza. Y las tentativas, como la de la ITT, de sublevar a nuestros soldados y regar con nuestra propia sangre las riquezas que quisieran seguir robándonos con toda impunidad, se han estrellado en el fracaso. Pero tú tendrías que estar aquí, en esta provincia de O'Higgins y vivir lo que vivo y he vivido, para poder comprender realmente el origen de mi cólera y mi odio contra esos individuos que, con el poderío que les confiere el dinero, pisotean los principios más puros de la existencia de una nación.

Sin embargo no creas que en mi amargura culpo al pueblo de los Estados Unidos de todos estos crímenes. Pienso que, al fin de cuentas, la inmensa mayoría de los gringos deben sufrir, de un modo u otro, de la alienación en que los sumerge el imperialismo practicado por sus gobernantes, tristes marionetas de los intereses de las transnacionales. Todavía más: te concedo que en último término la culpa es nuestra y sólo nuestra. Porque la verdad, cuando pienso en los técnicos, en los empleados e incluso en los obreros chilenos que han hecho el juego de las empresas extranjeras, sea adoptando una actitud pasiva frente a los sabotajes, sea participando activamente en ellos, no puedo sino reconocer que las cosas comienzan y terminan en este país, entre nosotros mismos. Podría contarte en detalle el caso de ingenieros que han destruido máquinas valiosísimas y archivos electrónicos indispensables, de capataces que arrojaron en el lugar y momento oportuno la palanca o la

pie­dra que parali­zar­ía un molino, que romper­ía una correa, de ciertos obreros corrompido­s que por unos cuantos d­ólares dejaron abierta una v­álvula, una compuerta, etc., pero me figuro que con lo que ya sabes puedes hacerte una imagen de la atm­ósfera en la cual vivimos, de las dificultades que hemos debido resolver para mantener en funcionamiento la mina. ¡Y pensar que hay hip­ócritas que pretenden hacer creer a la gente que nuestros problemas de gesti­ón son debidos a la incapacidad de los cuadros y trabajado­res que luchan junto con la Unidad Popular! Quisiera ver a los mejores ingenieros del mundo tratando de hacer funcionar a una mina en medio de condiciones que apenas son distintas de las que rodean una guerra abierta. Pero aun así -y esto te lo digo con legítimo orgullo de chileno- no sólo hemos conseguido mantener la producci­ón de cobre, sino que en el año 1972 El Teniente ha rendido más que en toda su historia.

En fin. En otra oportunidad voy a describirte la participaci­ón de algunas empresas privadas nacionales en el saqueo de los fondos del plan de expansi­ón y su colusi­ón con las transnacionales. Cada vez que te escribo tomo mejor conciencia de que la huelga que hoy paraliza a medias el mineral, no puede ser entendida sin enumerar primero cada uno de los pasos que nos han conducido hasta ella. Te ruego, pues, que tengas un poco de paciencia y que te conformes con saber que por el momento -pese a la furia redoblada de los fascistas que han transformado a Rancagua en un campo de

batalla- nosotros seguimos de pie, firmes y defendiendo a la patria.